

SAN FULGENCIO DE RUSPE

San Fulgencio de Ruspe nació en Telepte, Numidia (norte de África) en el año 468. Terminados sus estudios fue elegido procurador de la ciudad, pero renunció pronto al cargo, porque la lectura de una página de San Agustín le decidió a abrazar la vida monástica.

La furia de los arrianos le obligó a dejar el monasterio que había fundado y gobernado con ejemplar solicitud, y partió hacia Sicilia con intención de buscar la soledad en Egipto. Mas cuando el Obispo de Siracusa le puso al corriente de los daños que causaba el monofisismo por medio de los monjes egipcios, regresó a su patria, tras una visita a Roma. Allí fundó un nuevo monasterio, del que fue abad. Y ordenado sacerdote en el año 508, ocupó la sede episcopal de Raspe, una pequeña ciudad marítima.

Exiliado con otros sesenta obispos por los invasores vándalos, se refugió en Cerdeña, donde vino a ser el alma y el modelo de aquel grupo de fugitivos. El rey vándalo lo llamó a Cartago

para participar en unas discusiones teológicas, pero su celo y su sabiduría alarmaron a los arrianos, que obtuvieron sin dificultad su nueva deportación a Cerdeña.

Restaurada la paz en África con el advenimiento del rey Hilderico, los obispos pudieron regresar a sus diócesis en el 523. A

Fulgencio le quedaban aún diez años de fructuosa labor al frente de su grey, hasta que el 1 de enero del 533 lo llamó el Señor.

Escribió numerosas obras, sobre los misterios de la Santísima

Trinidad y de la Encarnación, sobre la gracia y la predestinación,

defendiendo la doctrina católica contra los errores, siguiendo a

San Agustín. Su obra Sobre la fe, a Pedro (o Regla de la verdadera fe), resume magistralmente toda la teología cristiana.

LOARTE

* * * * *

SAN FULGENCIO DE RUSPE, que murió en el 533, había nacido en Telepte, Numidia, donde fue recaudador de impuestos, y había recibido una buena educación; luego fue monje, hacia el 507 obispo de Ruspe, también en Numidia, y después tuvo que marchar desterrado a Cerdeña con otros muchos obispos católicos del reino vándalo. Fue un buen teólogo, quizá el mejor de su tiempo. La

mayoría de sus obras son polémicas contra el arrianismo, y varias de ellas se dirigen al rey vándalo Trasamundo; algunas otras están escritas contra el semipelagianismo, y desde el mismo punto de vista que San Agustín; de sus 18 *cartas*, algunas tienen la amplitud de tratados; tenemos también algunos *sermones suyos*.

TEXTOS

El sacrificio de Cristo

(Sobre la fe, a Pedro, 22-23, 61-63)

En los sacrificios de las víctimas carnales, que la Santa Trinidad el Dios único del Nuevo y del Antiguo Testamento—mandó ofrecer a nuestros padres, se figuraba el gratísimo don de aquel sacrificio en el que el Hijo de Dios, según la carne, iba a ofrecerse misericordiosamente por nosotros. Según la doctrina apostólica, Él se ofrecía a sí mismo por nosotros en olor de suavidad, como oblación y hostia a Dios (Ef 5, 2). Él, verdadero Dios y Pontífice verdadero, prefigurado en el Sumo Sacerdote que todos los años entraba en el *sancta sanctorum* con la sangre de los sacrificios, entró de una vez para siempre en el santuario, en favor nuestro, no por la sangre de toros y de machos cabríos, sino por su propia sangre,

Este Pontífice mostró en sí mismo todo lo que conocía ser necesario para obtener el pleno efecto de nuestra redención, a saber: el mismo sacerdote y sacrificio, el mismo Dios y templo. En efecto, Él es el sacerdote por quien hemos sido reconciliados; el sacrificio que nos ha reconciliado; el templo en el que hemos sido reconciliados; el Dios con quien nos hemos reconciliado (...).

Así pues, hemos sido reconciliados sólo por el Hijo según la carne, pero no sólo con el Hijo según la divinidad, ya que la Trinidad nos reconcilió consigo por medio del Verbo, el único que la misma Trinidad quiso que se hiciera carne. De tal modo permanece en Él la verdad inmutable en la naturaleza humana y divina; y así como verdadera es siempre su divinidad, inmutablemente recibida del Padre, así es siempre verdadera e inmutable su humanidad, que la suma divinidad lleva unida a sí (...).

Cree firmemente y de ningún modo dudes que el mismo Unigénito Dios Verbo se hizo carne para ofrecerse a Dios por nosotros como sacrificio y víctima en olor de suavidad. A Él, junto al Padre y al Espíritu Santo, en los tiempos del Antiguo Testamento, los profetas, patriarcas y sacerdotes ofrecían

el sacrificio de animales; y a Él ahora, en el tiempo del Nuevo Testamento—con el Padre y el Espíritu Santo, con los que es una sola divinidad—, la Santa Iglesia Católica no cesa de ofrecer en la fe y en la caridad, por todo el orbe terráqueo, el sacrificio del pan y del vino,

En aquellas víctimas carnales estaba significada la carne de Cristo, que Él mismo, no teniendo pecado, ofreció por nuestros pecados, y la sangre que sería derramada en remisión de nuestras culpas. En cambio, en este sacrificio está la acción de gracias y la conmemoración de la carne de Cristo, que ofreció por nosotros, y de la sangre que el mismo Dios derramó por nosotros.

Sobre esto, en los Hechos de los Apóstoles se recogen estas palabras de San Pablo: atended vosotros y toda la grey, sobre la cual el Espíritu Santo os puso como obispos para gobernar la Iglesia de Dios que adquirió con su sangre (Hech 20, 28).

En aquellos sacrificios se significaba en figura lo que nos debía ser entregado; en este sacrificio se muestra con evidencia lo que ya se nos ha entregado. En aquellos sacrificios se preanunciaba

que el Hijo de Dios sería sacrificado en favor de los impíos; en éste se le muestra ya sacrificado por los pecadores, como testifica el Apóstol cuando dice: Cristo, estando todavía nosotros enfermos, al tiempo señalado murió por los impíos (Rm 5, 6), y cuando éramos enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo (Rm 5, 10).

Cree firmemente y de ningún modo dudes que el Verbo hecho carne conserva siempre aquella verdadera carne humana en la que nació de la Virgen, en la que fue crucificado, en la que murió y resucitó, en la que subió a los cielos y está sentado a la diestra de Dios, en la que también ha de venir para juzgar a los vivos y a los muertos. Por lo que los Apóstoles oyeron a los ángeles: vendrá de la misma suerte que le acabéis de ver subir al cielo (Hech 1, 11). Y San Juan dice: he aquí que vendrá sobre las nubes, y le verán todos los ojos, y los mismos que le traspasaron; y le verán todos los pueblos de la tierra (Ap 1, 7).

Sermones

La caridad:

Ayer celebrábamos el nacimiento temporal de nuestro Rey eterno; hoy celebramos el martirio triunfal de su soldado.

Ayer nuestro Rey, con la vestidura de gala de nuestra carne, salió del palacio del seno virginal y se dignó visitar el mundo; hoy su soldado, abandonando la tienda de su cuerpo, ha entrado triunfante en el cielo.

Nuestro Rey, a pesar de su condición altísima, por nosotros viene humilde, mas no con las manos vacías: él trae para sus soldados una dádiva espléndida, ya que no sólo les otorga copiosas riquezas, sino que les da también una fortaleza invencible en el combate. En efecto, trae consigo el don de la caridad, que eleva a los hombres hasta la participación de la naturaleza divina.

Y, al repartir estos dones, en nada queda él empobrecido, sino que de un modo admirable enriquece la pobreza de sus fieles sin mengua de sus tesoros inagotables.

La misma caridad que hizo bajar a Cristo del cielo a la tierra ha hecho subir a Esteban de la tierra al cielo. La misma caridad que había precedido en la persona del Rey resplandeció después en su soldado.

Esteban, para merecer la corona que significaba su nombre, tuvo por arma la caridad, y ella le dio siempre la victoria. Por amor a Dios no cedió ante la furia de los judíos, por amor al prójimo intercedió por los que lo apedreaban. Por esta caridad refutaba a los que estaban equivocados, para que se enmendasen de su error; por ello oraba por los que lo apedreaban, para que no fuesen castigados.

Apoyado en la fuerza de esta caridad, venció la furia y crueldad de Saulo y, habiéndolo tenido por perseguidor en la tierra, logró tenerlo por compañero en el cielo. Movidado por esta santa e inquebrantable caridad, deseaba conquistar con su oración a los que no había podido convertir con sus palabras.

Y ahora Pablo se alegra con Esteban, goza con él de la gloria de Cristo, con él desborda de alegría, con él reina. Allí donde entró primero Esteban, aplastado por las piedras de Pablo, entró luego Pablo, ayudado por las oraciones de Esteban.

Ésta es, hermanos míos, la verdadera vida, donde Pablo no es avergonzado por la muerte de Esteban, donde Esteban se congratula de la compañía de Pablo, porque en ambos es la caridad la fuente de su alegría. La caridad de Esteban, en efecto, superó la furia de los judíos, la caridad de Pablo cubrió la multitud de los pecados, la caridad de ambos les hizo merecer juntamente la posesión del reino de los cielos.

La caridad, por tanto, es la fuente y el origen de todo bien, la mejor defensa, el camino que lleva al cielo. El que camina en la caridad no puede errar ni temer, porque ella es guía, protección, camino seguro.

Por esto, hermanos, ya que Cristo ha colocado la escalera de la caridad, por la que todo cristiano puede subir al cielo, aferraos a esta pura caridad, practicadla unos con otros y subid por ella cada vez más arriba.

(3, 1-3. 5-6; Liturgia de las Horas)